

señales de tráfico

Las Edades de Gerbasi

TODOS sabemos que la poesía ya no goza de gran popularidad y que sus maldicientes le imputan hermetismo cuando no tosquedad. Desaparecida la rima y su dulzona melodía, quedó como esqueleto desprovisto de carne esta expresión literaria que en su concisión y rigor, es capaz como ninguna otra de ahondar en los significados o sensaciones del ser humano. Lo que ha sucedido es que al querer la poesía circunscribirse a tan difícil propósito, ha perdido el afecto de quienes buscaban en ella sólo un motivo de exaltación. En un mundo tan público, la poesía se ha vuelto privada; ante un lenguaje diario que exige velocidad y prefiere los comunes denominadores, la poesía se resiste y se repliega como si se metiera en un pequeño hueco para poder subsistir. Irónicamente, parece querer volver a la torre de cristal donde, de vez en cuando, ha vivido.

No todos los buenos poetas han dado la espalda al mundo. Quedan suficientes que si se les prestase adecuada atención,

ISSAC CHOCRON

podrían "revivir" el gusto por la poesía. Uno de los nuestros es sin duda, Vicente Gerbasi quien a los 68 años acaba de publicar 28 poemas hermosísimos en un volumen titulado "Las Edades Perdidas" (Monte Avila; 1981). El título atañe fundamentalmente a los primeros 17 donde ofrece una versión majestuosa del principio del mundo y la hilvana a la naturaleza venezolana que aún permanece salvaje. No es una recreación de tiempos pretéritos sino de "edades perdidas" que pueden ser encontradas en cualquier momento. Calificándose de "buscador de poesía", encuentra su memoria "en el agua pantanosa de la iguana que abre sus ojos en una era sudorosa del mundo". La memoria le afirma que sus "soledades" pertenecen más que a él, a sus antepasados "que vieron volar un gavián alrededor del día en el cielo de las montañas". Al precisar tal nexo, deja de ser el tiempo un verdugo implacable y la muerte, un final. Ha encontrado a través de su memoria, la eternidad que "me somete a ver flores en el césped infinito".

Reconforta y emociona ser testigo de la continuidad en la obra poética de Vicente Gerbasi. Sigue perfilando sus mismos temas y sus propias experiencias, como si nunca estuviera satisfecho de haberlas expresado cabalmente. Sigue describiendo la naturaleza con un asombro casi religioso. Sigue desbordando una ternura que posiblemente sea la raíz de su don poético. No ha habido interrupción ni drásticos cambios de rumbo en quien, podemos jactarnos, ha escrito dos textos fundamentales de nuestra herencia literaria: "Mi Padre, el Inmigrante", y "Tirano de Sombra y Fuego". El primero, publicado en 1945, surge como homenaje familiar y se convierte en descripción universal del enfrentamiento del hombre con la naturaleza. Hace del pequeño pueblo de Canoabo, un sitio tan mítico como ese Tirano Aguirre que en el segundo poema alcanza a enfrentarnos con nosotros mismos. "Las Edades Perdidas" continúa esta búsqueda perenne pero eterna, que otorga a Gerbasi una distinción muy definitiva y muy sólida dentro de la literatura venezolana.